



***Discursos cautivos:
Convento, Vida, Escritura***

Beatriz Ferrús Antón

Valencia, Anejo LII de Cuadernos de Filología,
Universidad de Valencia, 2004.

¿Cuál es la relación entre las *vidas* de monjas coloniales y el género autobiográfico moderno? ¿Qué tiene de particular que esos textos fueran escritos por mujeres? Estos interrogantes junto con algunos otros se encuentran en la base del interesante trabajo de Beatriz Ferrús titulado *Discursos cautivos: Convento, Vida, Escritura* publicado por la Universidad de Valencia.

Como la propia autora explica en el primero de los capítulos que sirve de introducción al libro, la investigación que condujo a la escritura del texto partió de los interrogantes arriba enunciados, es decir, partió del deseo de “explorar la relación entre vida y ‘subjetividad’ en el universo textual barroco, como forma de labrar el terreno para un posible diálogo *vida*/autobiografía” pues, en efecto, estos textos son relatos de la propia vida de las autoras. Sin embargo, la narración del ‘yo’ se presenta con características especiales derivadas de las circunstancias en que los textos fueron escritos, las motivaciones que los alumbraron y la voluntad personal que se vislumbra.

Para poder responder a las preguntas, así como averiguar esas particularidades, la autora nos propone un viaje muy bien programado, y mejor resuelto, centrado en los textos, en las *vidas* de cinco mujeres fundamentales que encarnaron esa problemática cada una a su manera. Las tres primeras, María de San José, Úrsula Suárez y la Madre Castillo, desde la escritura obligada y secreta; la cuarta, Catalina de Erauso, la monja Alférez, desde el no-lugar; Sor Juana Inés de la Cruz, desde la invasión de los espacios vetados, los espacios masculinos. Todas ellas reflejan la escritura de la subalternidad, la problemática de cómo y por qué escribir cuando ni se nos supone ni se nos entiende.

El camino se inicia con el capítulo titulado *De puertas adentro: mujeres y vida colonial* en el que se ofrece un lúcido panorama sobre el significado de ser mujer en el mundo colonial barroco: entender el lugar que las monjas coloniales ocuparon en aquella sociedad nos ayuda, más tarde, a comprender las formas y los porqués de sus textos. Sobre todo debido a que el lugar que ocuparon determinó las condiciones en que nació y se desarrolló su producción escrita.

La mujer se ve constreñida a la alternativa matrimonio/convento, sin embargo, es en el convento donde, paradójicamente, las mujeres se libran de los límites sociales, de la vigilancia masculina y contactan con el mundo exterior. Así el convento colonial se configuró como un espacio en el que las mujeres podían incluso vestir a la moda o recibir visitas de seglares de ambos sexos. Pero además, los conventos acabaron por ser fundamentales para la economía y la sociedad colonial lo que supuso que esas mujeres tuvieran un protagonismo político e intelectual que no hubieran podido siquiera soñar en una vida como mujer casada.

No obstante, lo que para algunas no era más que una determinación vital conformada como callejón casi sin salida, para otras se convirtió en el único espacio donde el acceso al conocimiento era posible y sobre todo, donde era posible la escritura, aunque esa escritura tuviera que contenerse en el ámbito de lo privado. La autora nos pone entonces al borde del núcleo, del centro del problema: la configuración de la escritura de esas mujeres.

La escritura de las *vidas* era promovida por el confesor –figura masculina axial en la vida conventual femenina– que se erigía en examinador. Por tanto, el relato se somete a la versión que del ‘yo’ era necesaria dar para ‘pasar la prueba’, para “legalizarse”. Pero al mismo tiempo, y precisamente por ser la escritura un ejercicio de interpretación, la mujer encontraba el espacio del desafío, de manipular, de crear. El motivo de la escritura era la aclaración de la experiencia mística, la justificación, la palabra superada, el discurso de lo inefable. La figura de estas monjas coloniales nos aparece debidamente puntualizada por la relación de otros dos tipos de mujer del margen: las ilusas y las beatas. Las ‘ilusas’, aquellas que no siendo monjas, demuestran públicamente el éxtasis místico, el arrobo (probablemente uno de los elementos más interesantes de éstas es el hecho de que lo que conocemos nos ha llegado a través de las actas de los procesos inquisitoriales, pues eran mujeres desautorizadas por la Iglesia). Las ‘beatas’, eran casi el opuesto a las ‘ilusas’, tampoco eran monjas pero vestían hábito y se entregaban a la religión, se les suponían poderes o dones sobrenaturales y vivían de la limosna, aunque a éstas la Iglesia no les prestara atención alguna.

Las *vidas* son un género menor pero eran, junto con las cartas, el único espacio de escritura permitido a la mujer pues son además textos entendidos como ‘verdaderos’, no son ‘ficción’. Estas mujeres aprovecharon este espacio concedido para tomarse la revancha de alguna manera pues cuando se escribe, nunca se escribe la ‘Verdad’; escribir es elegir, discriminar no sólo qué se escribe o cómo sino también qué se calla. La palabra se presenta en sus dos vertientes.

Pero si el relato nace determinado por este hecho no debemos olvidar que toda narración emerge de un modelo, en este caso, la hagiografía junto con otros tipos de “textos devocionales, doctrinales, catecismos y Biblia, poesía mística y religiosa o crónica conventual”. Como la autora nos muestra en los capítulos siguientes, los casos que se nos presentan beben de fuentes diversas y la *imitatio* es la regla.

Los dos capítulos que siguen, centrales en el desarrollo de la tesis del libro, analizan los casos concretos de las monjas antes nombradas, agrupadas las tres primeras, por las similitudes genéticas de sus *vidas*; las otras dos, en un capítulo que se explica en la diferencia. Así *A la espera de Dios, tres experiencias y un Destino* indaga las circunstancias antes revisadas en el relato vital de tres monjas místicas y analiza en qué medida una escritura que nace de la obediencia y que se crea pendiente del modelo puede liberarse, puede manipular, reescribir y recrearse. Los puntos fundamentales son: la escritura como mujer, el silencio, la luz.

El modelo claro de estos relatos es la tradición hagiográfica pero esta tradición se encuentra con la necesidad ya explicada de persuadir al confesor que se convierte en lector 'ideal', así, el texto propio desvela su trampa al revelar lo que se esconde detrás, el motivo de su escritura. Los puntos comunes a los tres textos quedan claros ya tras la lectura del primer capítulo, ahora conviene explicar qué les confiere su individualidad, su identidad. La autora explica que los rasgos autobiográficos y las tensiones que recorren los textos, nacidas de las dualidades hombre/mujer, cuerpo/espíritu, ortodoxia/misticismo, etc., se expresan mediante tres estrategias narrativas diferentes. El relato de Sor María de San José gira entorno a lo que la autora llama 'lógica del merecimiento', es decir, los obstáculos que impedían la consecución de sus objetivos y su sabia y paciente espera, la hacen merecedora al tiempo que justifican su escritura la intervención divina a través de las visiones místicas.

La *vida* de Úrsula Suárez es descrita como la 'comedia identitaria' pues la propia monja se configura como 'santa comedianta', figura de nuevo autorizada por la aceptación divina. Para Sor Francisca Josefa de la Concepción del Castillo la 'lógica del padecer' es no sólo causa del favor de Dios y del reconocimiento del confesor sino que se auto-construye como el orgullo del martirio, porque la vida es un continuo sufrimiento, según la *imitatio Christi*.

Estos ejes se desarrollan en cuatro puntos fundamentales que tematizan todas las ideas, las reúnen, las reescriben y las ofrecen bajo una nueva perspectiva: así las 'mujeres', los 'cuerpos', el 'silencio' y 'leer, juzgar, poseer', desarrollan las ideas encerradas en un relato autobiográfico que se agarra a esas coordenadas. La genealogía de la mujer y de su escritura proponen la reidentificación de la mujer; el cuerpo como receptor del sufrimiento por Dios, como cárcel para el alma, se convierte en espacio de subversión pues superar el obstáculo es trasgredirlo al tiempo que el orgullo, casi de 'casta', del padecer da paso al orgullo de la renovación. El silencio como clave pues lo que se calla al tiempo oculta y al tiempo revela, y en todo caso el poder de decisión sobre él queda en manos de la mujer. Dios lo autoriza, lo justifica.

Tras este análisis, la autora focaliza la figura del confesor no sólo como única figura masculina permitida sino como interlocutor escrito que antes lo había sido del relato oral y que se determina en tanto en cuanto tiene el poder de decidir una vez leído el relato. La *vida* será marcada, limitada y

aprobada o rechazada por la figura masculina de poder. La escritura de la *vida* supone para estas mujeres el acceso a un espacio vedado en cualquier otra circunstancia, el de la escritura. Sin embargo, estos textos vienen también limitados por el secreto que les es impuesto, puesto que nacen ya, desde su pensamiento mismo, como textos secretos.

Nosotras que no fuimos místicas confronta a las tres monjas anteriores con dos figuras que, aunque inscritas en la misma tradición, se perfilan sobre la diferencia. Catalina de Erauso, la Monja Alférez fue una mujer que se escapó y recurrió al disfraz: por eso su vida es una vida travestida y su escritura es una escritura travestida que gira entorno a una identidad no solo redefinida sino dudada, una identidad que no acaba de ubicarse porque duda entre la identidad propia y la prestada, la mujer, la monja, el hombre, el travesti. Esa duda junto a la elección del disfraz como medio de trasgresión organizan una escritura, la del relato de la propia vida que se desborda y desaparece tras la interpretación. Frente a los tres casos anteriores, esta mujer se explica no desde la inversión de las oposiciones sino desde la fractura y la mezcla.

Por último, el libro quiere revisar el caso de Sor Juana de la Cruz que no por más conocida que las otras resulta menos interesante. Precisamente su fama es lo que tiene de particular su figura, el hecho de que fue la única que hizo de la escritura un prestigio y la historia de su vida es la del deseo de aprender. Su historia la conforma en la imagen de la sabia, la erudita. El texto que venimos reseñando repasa las características particulares que integran y separan a Sor Juana de la tradición escrita de las monjas coloniales. El último capítulo recoge todas las ideas repasadas con el objeto de vincular, como desde el inicio se advierte, las *vidas* con la 'autobiografía' como género, reuniendo las sendas que se unen o bifurcan según los casos, viendo donde confluyen.

Por tanto, el libro de Beatriz Ferrús nos ofrece todo y mucho más de lo que promete al inicio. Nos introduce en el universo de las monjas místicas coloniales desde el punto de vista del significado de la escritura para ellas. Las primeras tres, aún pudiendo acceder a un espacio vetado a otras mujeres, no consiguen traspasar los límites pues la escritura nace ya de éstos. En los otros dos casos, se presenta en cambio una gradación de la efectiva trasgresión; la Monja Alférez borrando y mezclando fronteras aunque los límites no se lleguen a traspasar; Sor Juana Inés de la Cruz invadiendo definitivamente los espacios de expresión tradicionalmente destinados a los hombres. El libro abre una ventana que nos permite observar a estas mujeres y sus escritos no sólo desde un lugar privilegiado sino también original, un lugar que no defrauda, más al contrario, despierta las ganas de saber más de esas mujeres y de sus escritos olvidados.

MARÍA JOSÉ BERTOMEU
Universidad de Valencia